

El asno salvaje y el doméstico

Un asno salvaje, que buscaba alimento por las lomas, divisó a otro doméstico, que comía a boca llena pero prisionero en el potrero.

Entonces, aproximándose, le habló así:

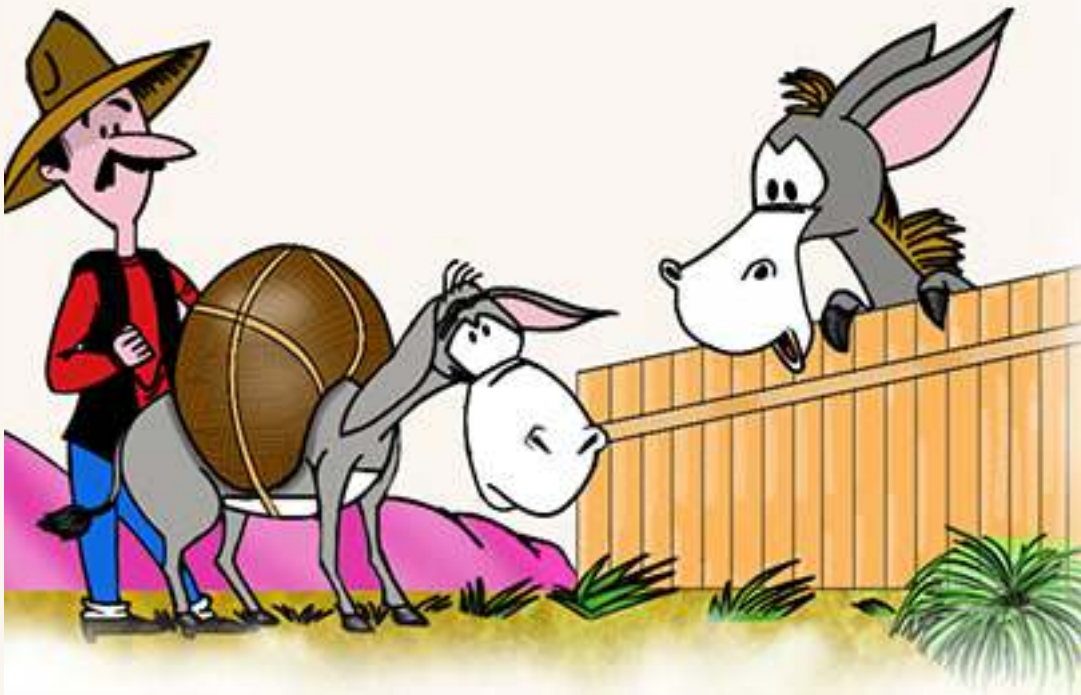
—Colega, se te ve reluciente y alegre. Tienes abundante comida y disfrutas regalada vida.

—Así es —repuso el doméstico—; de estar bien alimentado no me quejo, pero me cuesta mucho ganarlo.

No bien acababa de hablar cuando apareció el amo, látigo en mano, para llevarlo a la cabaña.

A poco reaparece el doméstico con una pesada carga en el lomo y detrás suyo el arriero.

—Si ese es el precio de tu buena vida —dijo el salvaje—, no tengo por qué envidiar tu suerte. Prefiero ser libre y no esclavo por un poco de alfalfa.



MORALEJA

**Más amo libertad con pobreza
que prisión con riqueza.**

El lobo y el perro flaco

Debido a la avaricia de un rico hacendado, el perro, que cuidaba el rebaño de ovejas, estaba famélico y un lobo, al notarlo, le dijo:

—Amigo, que flaco estás, ¿no te dan de comer? Escucha mi consejo y te darán abundante comida.

—Si es para mi provecho, venga tu consejo.

Ante el entusiasmo del can, el lobo dijo:

—Me dejas entrar al rebaño y me llevo una oveja. Tú me persigues, mas, en el camino te caes. Los pastores dirán a tu amo que te caíste por flaco y ordenará te den excelente alimentación:

El perro “pisó el palito” y todo salió de acuerdo al plan del lobo. El amo dispuso darle mucha carne y pan de buena harina y el perro fue recobrando carnes y mejor figura.

—Amigo, ¿bueno fue mi consejo? —preguntó el lobo.

—Muy bueno y necesario —respondió el perro.

—¿Permites ahora que me lleve otra ovejita? Simulas perseguirme, me alcanzas, te das un golpe y caes. Al punto los pastores dirán a tu amo que aún sigues flaco.

El plan del lobo no falló. El perro recibió sobrealimentación y se puso en la mejor de sus formas.

Al cabo regresó el lobo y le dijo:

—Estas muy mejorado. Ahora deja que me lleve otra oveja.

—Eso se acabó compadre —repuso el sabueso enseñando los colmillos—, no llevarás ninguna.

—Tengo mucha hambre, ¿Cómo podré satisfacerla?

—En casa de mi amo se ha caído el muro de la despensa. Si vas de noche encontraras carne, pan y tocino —contestó el perro—.

El lobo se fue derecho al lugar, devoró cuanto pudo y bebió también todo el vino. Trató de cantar como los borrachos y se puso a aullar, despertando a los perros y a los hombres que cuidaban la casa. Descubierto el intruso, lo molieron a mordiscos y a palos.



MORALEJA

No des ni un dedo al villano;
pues te tomará la mano.

El zorro y el cuervo

Cierto cuervo, de los feos el peor, hurtó un queso y fué a saborearlo en la copa de un árbol.

En esa circunstancia lo vio un zorro que, con la intención de quitárselo, comenzó a adularlo de esta manera:

—Ciertamente, hermosa ave, no hay entre los pájaros otro que tenga la brillantez de tus plumas ni tu gallardía y donaire. Tu voz es tan fascinante que juzgo no habrá quien te iguale en perfección.

El cuervo, envanecido por el elogio, quiso demostrar al astuto zorro su melodiosa voz y comenzó a graznar, dejando caer el queso que tenía en el pico.

El ladino zorro, que no deseaba otra cosa, cogió entre sus dientes el succulento bocado y, dejando burlado al cuervo, lo devoró bajo la fresca sombra de un árbol.



MORALEJA

Quien te envanece y engríe
de tu necedad se ríe.

El lobo disfrazado de pastor

En un rincón de su madriguera, un lobo daba el toque final a un proyecto largamente acariciado.

Así pues, se disfrazó de pastor y, mientras dormía el verdadero pastor, se metió entre las ovejas, relamiéndose al pensar que los carneros estaban a su disposición.

Las ovejas, muy contentas, se agruparon junto al facineroso, creyendo estar más seguras a su lado.

El carnicero se fijó en una oveja en particular y, sin poder ocultar su entusiasmo, exclamó:

—¡Qué oveja tan gorda y sana! ¡Qué tierna y grande es! Esa sí que es bocado de cardenal. ¡Se me hace agüita la boca!

En su alegría hizo tanto ruido que despertaron el pastor y los perros, quienes, acorralando al impostor, le dieron de palos y mordiscos hasta matarlo.

**Entusiasmo desbordado,
mata lo proyectado.**



El perrito curioso

Érase un perrito muy curioso y preocupado por las cosas que interesaban a su amo.

Cierta vez, el perrito escuchó ruidos extraños que llamaron su atención. Sigilosamente fué al lugar de sus sospechas y descubrió a varios ratones dándose un gran festín.

—A mí no me vienen con vivezas —pensó.

Al dar un salto tropezó con una trampa para ratones que aprisionó una de sus patas, arrancándole fuertes aullidos de dolor.

—¡Vean al cazador, cazado! —gritó un pericote.

—¡Por favor, sáquenme de este apuro, —suplicaba el perro—, que pueden confiar en mí.

Los ratones, que en el fondo eran buenos, liberaron a su ocasional perseguidor, diciéndole:

—Esto te sucede por hacer de gato.

***No cumplas las funciones,
para las que no tienes condiciones.***



El lobo y el murciélago



Volando de rama en rama un murciélago adormitado fué a caer sobre un lobo dormido. Éste, despertando al instante, lo tomó y al punto intentó devorarlo.

Entonces, el murciélago clamó por su libertad.

—Te dejaré libre —díjole el lobo—; pero con la condición de que me digas por qué los murciélagos son tan alegres y retozones. En cambio, yo siempre me fastidio.

—Me asustas sobremanera —replicó el murciélago—. Déjame volar a mi cueva y te lo explicaré al punto.

El lobo lo dejó libre y el murciélago le increpó:

—Te fastidias, compadre, porque eres malo y tu crueldad seca tu corazón. En cambio, a nosotros nos ves alegres porque jamás intentamos dañar al prójimo.

**Quién a nadie hace daño,
vive feliz todo el año.**



El leñador y el bosque

Un leñador, talando árboles del bosque, no daba descanso a sus brazos. De su empeño no escapaban abetos ni encinas, hasta que se rompió el mango de su hacha.

—¡Oh, Dios, por fin habrá paz y tranquilidad en mi mundo!
—exclamó el bosque.

Transcurridos los días, el leñador, humildemente, rogó al bosque:

—Déjame tomar una rama de este abeto para mango de mi hacha, y te prometo irme a otro bosque.

La arboleda, conmovida por el ruego, accedió al pedido, pero tan pronto el leñador tuvo lista su hacha, comenzó a destrozar a sus bienhechores.

—¿Es así como agradeces el bien que te hice? —dijo adolorido el bosque—. Has cambiado el favor en instrumento de exterminio.

***El hombre ingrato
hace mal al rato.***



La liebre y la zorra

Una liebre preguntó, en cierta ocasión, a la zorra:

—¿Podrías informarme si tienes de verdad muchas ganancias en tus correrías y por qué te llaman astuta?

—Ya que no lo sabes —respondió la zorra—, ven a mi modestísima casa y cenemos juntas.

La ingenua liebre aceptó la invitación; más, en casa de la embustera no había otra comida que la misma liebre. Entonces ésta, resignada a morir, le dijo:

—Ahora sé, para mi mal, de donde viene tu nombre. No es de las ganancias, sino de tus embustes.

—¡Si no fuera por mi astucia, amiga mía, el hambre me aniquilaría! —le replicó la sabia raposa.

***La curiosidad pena
y el curioso se condena.***



La encina y la caña

Una gigante encina decía a la débil caña:

—El peso de un pajarillo te agobia y la brisa te hace besar la tierra, en cambio mis ramas se elevan a los cielos y resisten el empuje de los vientos.

La caña escuchaba; en tanto, la encina remarcó:

—Debiste crecer junto a mi para protegerte. Siempre brotas bajo los dominios del viento. ¡Qué injusta fue la Naturaleza para tí!

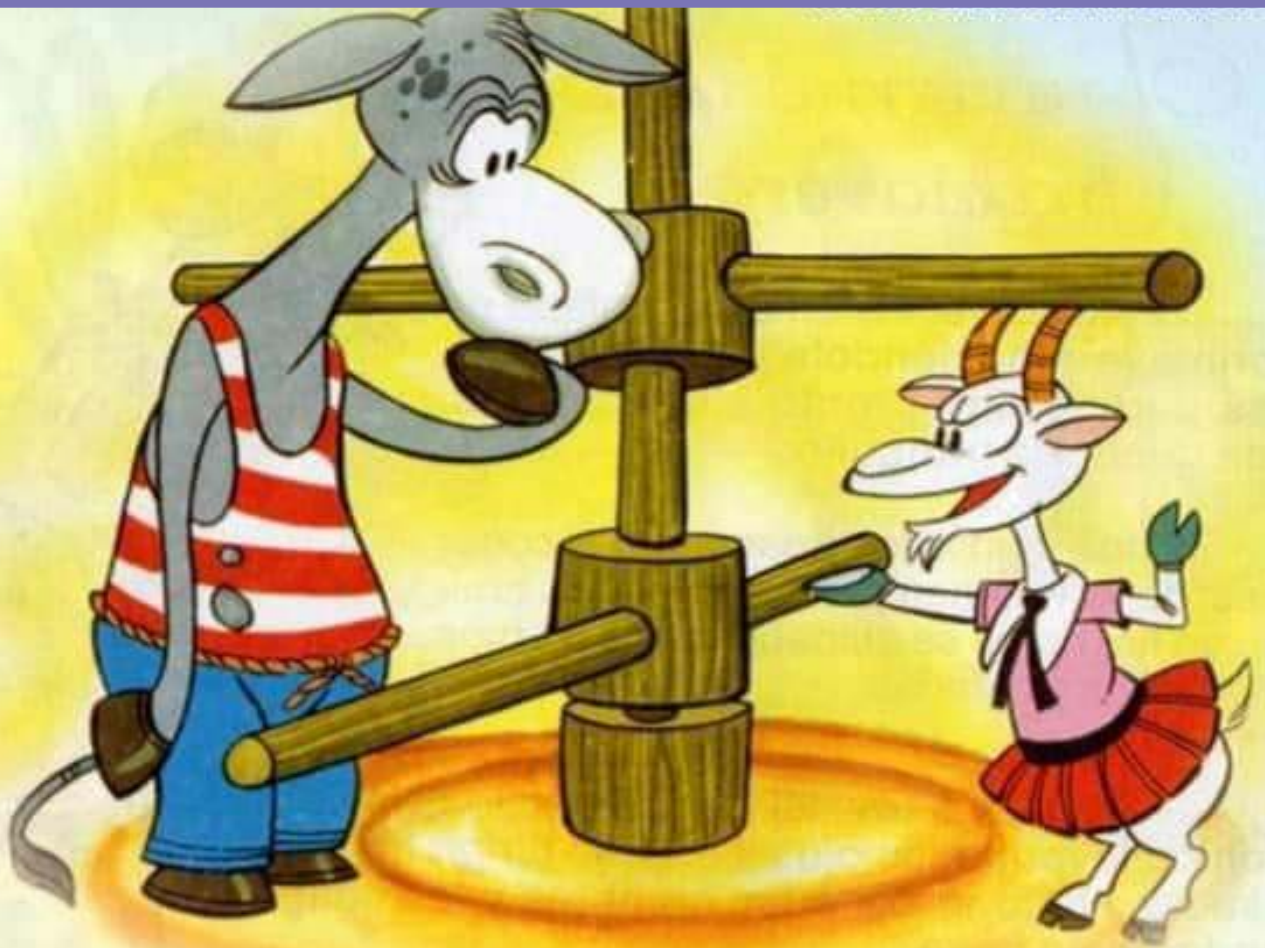
La caña respondió:

—Habla tu mal corazón. Es cierto que me doblo pero no me resquebrajo. No olvides que el orgullo tiene su fin.

No bien acababa de hablar cuando del horizonte sopló un huracán que arrancó de raíz a la encina, mientras que la caña siguió meciéndose ágil y graciosa.

***Frente a dura adversidad,
se hace fuerte la debilidad.***





La cabra y el asno

Un hombre criaba al mismo tiempo a una cabra y a un asno. La cabra, envidiosa, al ver que su compañero estaba mejor alimentado, le aconsejó de esta manera:

—La noria y la carga hacen de tu vida un tormento interminable. Simula, amigo, un desmayo y déjate caer en un foso, que así te permitirá el amo reposar.

El asno, poniendo en práctica el consejo, se dejó caer, pero se hizo una grave herida. Llamó entonces el amo a un veterinario para que curase al jumento.

El curandero, tras de examinar al enfermo, le recetó una infusión de pulmón de cabra. Por lo que el labriego, sin titubear, mató a la cabra para salvar al asno.

***Quien siembra cizaña
más tarde le araña.***

El granjero y sus perros

Un granjero tenía en su casa dos perros a los que prodigaba afecto y velaba porque estén bien alimentados.

Mientras uno de ellos acompañaba a su amo en la cacería, el otro se quedaba en casa como guardián.

El amo, sin distinción alguna, repartía por igual la merienda a los canes.

Cierto día, el perro de caza increpó a su compañero en los siguientes términos:

—No es justo que yo tenga que ir a cazar enfrentando muchos peligros, mientras que tú te quedas en casa y sin embargo recibes la misma ración de comida que yo.

A lo que el perro guardián contestó:

—Querido amigo, yo no tengo la culpa de lo que pasa, pues es mi amo quien me ha recomendado quedarme en casa, para cuidarla y recibir mi alimento sin mayor esfuerzo.

**Responder al airado luego,
es echar leña al fuego.**





La mona y la zorra

Cierta mona, descontenta con la pequeña cola que recibió de su madre, pidió a la zorra —que descomunal cola lucía— le diera parte de ella para alargar la suya.

—Mira, amiga —le dijo la mona—, tienes demasiada cola, mientras que yo soy infeliz con la mía que es corta.

La zorra se echó a reír al oír tal disparate y replicó a la mona:

—Aunque mi cola fuese cien veces más larga y la arrastrase por el lodo y entre las zarzas, no te cedería el pedazo que crees necesitar. ¡Ánimo, pues amiga, y busca tu felicidad en otros designios!

***Sé feliz con lo que tienes,
y no aspire ajenos bienes.***



El león y el asno

Cierto día un famélico león tuvo el capricho de cazar en compañía de un asno, a quien ordenó:

—Te esconderás en la selva y rebuznarás fuerte.

El Rey de la Selva examinó el panorama y añadió:

—Yo me colocaré en aquel boquete de salida. Cuando los animales, asustados de tu estrépito, pretendan huir, los iré cazando uno tras otro.

El ardid surtió sus propósitos y, cuando el león se hubo hartado de carne, dispuso que el burro saliera de su escondrijo.

—¿Qué tal lo hice, majestad? —preguntó con disimulado orgullo el orejudo borrico.

—No pudiste hacerlo mejor —respondió el león—, pues yo mismo hubiera tenido espanto de no saber que eras un pobre asno.

***El miedo no te llega,
si sabes de dónde viene.***

El toro y las cabras amigas

En un hermoso prado, un toro y tres cabras jugaban muy contentos y se hicieron buenos amigos.

A lo lejos, eran observados por un perro vagabundo, que no alcanzaba a comprender y pensó:

—Qué hace ese robusto y enorme toro, viviendo con esas cabras, tan flacas y feas como un esternón.

Un día, que el toro se encontraba solo, el perro le hizo conocer lo que pensaba y le dijo:

—Tú, tan fuerte, al lado de esas flacas cabras, creerán los demás que tú eres débil.

Reflexionando el toro, se alejó de sus amigas. Pasando largo tiempo en soledad, dijo para sí:

—Si yo con ellas tanto me divertía, ¿por qué hice caso a un sucio y envidioso perro, a quien no conocía?

Así pudo reencontrarse con sus amigas. Al disculparse, les prometió una eterna amistad.

***A la amistad la aleja,
quien con envidia aconseja.***





El oso y el león

Un león y un oso hambrientos se pusieron de común acuerdo para cazar un cervatillo que asomó la cabeza por entre el verde follaje.

Al iniciar el festín cada cual reclamó su derecho y se trabaron en feroz contienda para determinar quién tenía la preferencia sobre el cervatillo

Una zorra que merodeaba por el lugar observó con vehemencia el episodio y se dijo:

—¡Excelente oportunidad para saciar mi hambre!

Acompañando las palabras a la acción, arrastró al cervatillo hasta su madriguera.

Cuando el león y el oso se dieron cuenta, pusieron el grito en el cielo y vociferaron:

—¡Pobres de nosotros! Mientras nos peleábamos como dos tontos llegó la zorra y sacó provecho.

Quien disputa y no comparte,

La liebre y la tortuga (fábula)

En el bosque, los animales comentaban preocupados que últimamente la liebre estaba muy burlona y se creía la mejor.

–Sí, la hemos escuchado burlarse de la pobre tortuga, diciéndole que era lenta, torpe y “pata corta”–decían todos–. Y no se lo dijo solo una vez, sino muchas.

Esto era muy cierto, la liebre no dejaba en paz a la tortuga y cada vez que la encontraba le decía, orgullosa, que nunca llegaría a ningún lado caminando así.

–En cambio yo –decía la liebre– soy veloz como el rayo y rápida como el viento. ¡Nadie me supera! ¡Soy la mejor!

La tortuga, cansada ya de escuchar a la liebre con sus discursos, le propuso correr una carrera.

–¿Correr una carrera vos y yo? ¡Ja, ja, ja! Me hacés reír, tortuga –dijo la liebre agarrándose la panza de la risa.

–Sí, una carrera vos y yo. Y prometo ganarte –dijo muy tranquila la tortuga.

Así fue que se pusieron de acuerdo, y el domingo a la tarde se haría la gran carrera. La liebre se reía y les decía a todos los animales que no se perdieran la carrera más corta de la historia, en la que ella ganaría en cinco minutos.

Todos colaboraron armando la largada y la llegada con grandes carteles de colores. Colocaron mesitas para la venta de nueces, frutas, bebidas y banderines. Compraron una medalla como premio y mandaron a hacer remeras con las caras de la liebre y la tortuga.

¡Cuánta emoción! Todo estaba listo, el público ansioso por ver esa insólita carrera y las corredoras ubicadas en sus puestos.

–Preparadas, listas... ¡ya! –gritó la lechuza desde un árbol, y ahí nomás empezó a caminar la tortuga muy concentrada,



La zorra y la cigüeña (fábula)

Una tarde la zorra invitó a la cigüeña a cenar a su casa. Le dijo que haría una riquísima comida para compartir con ella. La cigüeña aceptó entusiasmada.

Llegada la hora, fue la invitada con mucho apetito a la casa de la zorra. Tuvo un alegre recibimiento y se sentó a la mesa, muy bien puesta, con mantel y flores.

La zorra apareció con una sopa muy apetitosa servida en dos platos. No bien los puso en la mesa empezó a comer de lo más contenta mientras la pobre cigüeña, con su pico largo, apenas podía picotear el plato sin tomar nada de aquella riquísima sopa.

La zorra lamió hasta la última gota de su plato y siguió con el de su amiga, que parecía no tener hambre.

Se despidieron con un amable saludo, pero la cigüeña estaba muy ofendida. La zorra había sido egoísta y desconsiderada con ella, y eso la ponía triste y enojada.

Pasaron unos días y la cigüeña le dijo a la zorra que la esperaba a cenar para agradecerle su invitación. La zorra aceptó y apareció esa noche muy sonriente y ansiosa por comer; no bien entró se sentó a la mesa olfateando el exquisito aroma del guiso preparado por la dueña de casa.

—Mmmmm... ¡Se me hace agua la boca! —dijo la zorra—. ¡Siento un olor delicioso!

Cuando apareció la cigüeña con una bandeja, la zorra sorprendida vio que traía la comida en dos jarros de vidrio muy altos y angostos. Trató de meter el hocico y la lengua en el frasco, pero nunca pudo llegar a tocar la riquísima comida. La cigüeña, en cambio, saboreaba con gusto cada bocado.

—¡Por qué no tendré un pico largo y fino! —se lamentó la zorra. Y sin haber podido comer ni un poquito, se dio por vencida, se despidió y se fue, con más hambre que antes.

Camino a su casa, pensaba que la cigüeña le hizo ver cómo nos sentimos cuando alguien nos trata mal. Y prometió:

“Desde ahora, a nadie trataré mal, porque no me gustaría que conmigo hagan igual.”



La cigarra y la hormiga (fábula)

La cigarra disfrutaba del verano acostada panza arriba sobre las hojas frescas. Cantaba todas las tardes sin ninguna preocupación más que pasar las horas tranquila y relajada.

Las hormigas, en cambio, no paraban de trabajar. Con la carga de comida en sus espaldas iban en fila hacia el hormiguero para guardar los alimentos, esforzándose como un verdadero equipo.

La cigarra las invitaba a cantar con ella, bajo la sombra de los árboles, pero las hormigas siempre le respondían lo mismo:

-No, gracias. ¡Tenemos que trabajar!

Así pasó el verano, su calorcito se fue y comenzó a sentirse el frío; las hojas amarillas se caían de los árboles, el viento y la lluvia mandaban a todos los animales a sus refugios.

Después de unos días, la cigarra estaba hambrienta. En todo el campo no quedaban bichitos, ni gusanos, ni hojas frescas para una ensalada.

-¿Qué puedo hacer?—se preguntaba.

Entonces recordó a las hormigas trabajadoras que habían estado todo el verano guardando comida. Fue hasta el gran hormiguero y llamó. Una de las hormigas abrió la puerta y le preguntó qué necesitaba.

-Vengo a pedirles ayuda, mis queridas vecinas. Necesito alimentos para pasar este frío. Cuando pueda se los devolveré, seguramente el próximo verano.

-Pero... ¿es que durante todo el verano no has guardado ni un poco de comida?—preguntó la hormiga asombrada.

-Bueno..., yo cantaba, ¿te acuerdas? Y tenía que descansar, y dormir, y estar a la sombra...

-Muy bien. Si cantabas y dormías, ahora tendrás que andar a los saltos para conseguir tu alimento. Nosotras te daremos algo pero tendrás que buscar más para el resto del invierno.

La cigarra les agradeció la ayuda a las buenas hormigas y se fue pensando que, además de descansar y cantar, sería bueno ocuparse de conseguir las cosas que se necesitan y algún día también poder compartirlas con los demás.

"Ayudar a trabajar y el esfuerzo disfrutar: un poquito cada uno, no le hace mal a ninguno."



El ñandú y el sapo (fábula)



Un día iba el ñandú corriendo, con sus largas y fuertes patas, y casi pisa a un sapo.

–¡Eh, ñandú! ¿Qué hace, no ve que casi me pisa? ¡Mire para abajo de vez en cuándo!–protestó el sapo.

–Bueno, bueno, no es para tanto, si no lo pisé. Es que yo soy tan veloz, corro tan bien, con tanta fuerza, no como otros... –dijo el ñandú haciéndose el importante.

–Así que usted piensa que otros no corren tanto como usted, ¿no?–le preguntó el sapo.

–Claro, mi amigo, usted sabe muy bien que nadie puede correr como yo. Soy el mejor.

Y ahí nomás, el sapo le propuso al ñandú jugarle una carrera. El ñandú se sorprendió pero le pareció divertido y aceptó.

–Hay un camino junto al río, ahí podemos correrla, ¿qué le parece?–dijo el sapo.

–Lo que usted diga, don sapo, y donde usted quiera. De todas maneras sepa que le voy a ganar.

–Eso lo veremos...–dijo el sapo haciéndose el misterioso.

¿Cómo iba a hacer el sapo bajito y con patas cortas para ganarle al mejor corredor?

Tenia un ingenioso plan: reunió a sus amigos, que estaban entre los yuyos a la orilla del río y les dijo que durante la carrera se escondieran al costado del camino, separados, formando una fila. Cuando el ñandú se acercara, debían saltar delante de él y correr.

Llegó el momento esperado y se largó la carrera. El ñandú corría tranquilo viendo que el sapo con sus saltitos nunca podría ganarle. De repente vio al sapo saltar delante de él.

–¡Epa! Este sapo me pasó, mejor que me apure. Ya va a ver con quién se ha metido a correr –pensó el ñandú.

Pero aunque el ñandú corría rápido, el sapo siempre aparecía adelante.

Y así fue como el sapo llegó antes y ganó la carrera. Todos se sorprendieron y nadie supo que hubo trampa, porque los sapos son todos iguales.

El ñandú se quedó pensando que quizá se había creído demasiado bueno. Y los sapos se fueron a festejar el triunfo a la orilla del río con música y bailes.

“El ñandú se quedó pensando y reconoció su error: uno puede ser muy bueno pero no creerse el mejor.”



Una jirafa muy ocupada (fábula)

Una mañana bien temprano, ya estaba la jirafa ocupada en su belleza. Se pintaba los ojos de color verde loro y se arqueaba las pestañas para que su mirada fuese la más hermosa. En eso andaba cuando la tortuga llegó desesperada a verla y le pidió que le alcanzara de un árbol muy alto algunas hojitas que servirían para curar el resfrío de su tortuguito.

-¡Ay, cómo me gustaría hacerlo, pero es imposible! Me he pintado un solo ojo y así no puedo salir -se lamentó la jirafa.

Pasó un rato y apareció corriendo una abuela hormiga a pedirle a la jirafa que le bajara su sombrero de una rama, pues se le había volado con el viento.

-¡Pero, mi querida, estoy con las uñas recién pintadas! Si no, con gusto se lo hubiese alcanzado -dijo la jirafa pestañeando muy coqueta.

Algo más tarde, el camaleón, llorando por su hijito perdido, le rogó a la jirafa que lo levantara en su cabeza para poder ver si, desde lo alto, lograba encontrarlo.

-¿Qué me está pidiendo, señor camaleón? ¿Cómo lo voy a subir a mi cabeza? ¡No ve que tengo los rulos puestos! -protestó la jirafa.

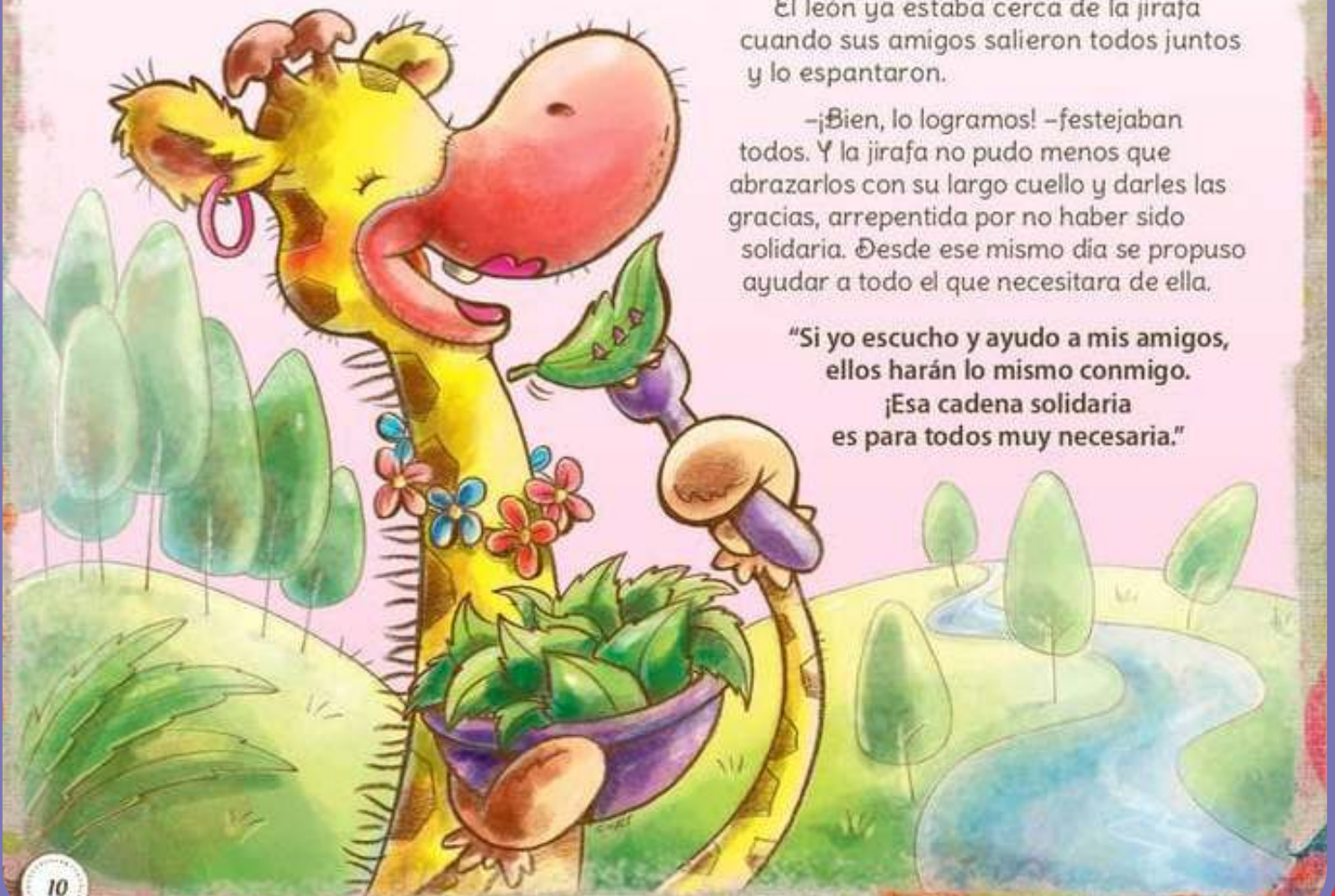
Era ya el mediodía cuando el mono avisó que se acercaba el gran león.

-¡A la cueva, a la cueva! -gritaban mientras corrían a esconderse. Todos entraron menos la jirafa que, por su cuello tan largo no podía hacerlo. Algunos dijeron que era injusto ayudarla porque ella no había ayudado a nadie cuando la habían necesitado. Pero la tortuga, con su bondad y dulzura, los convenció para que le dieran a la jirafa una oportunidad.

El león ya estaba cerca de la jirafa cuando sus amigos salieron todos juntos y lo espantaron.

-¡Bien, lo logramos! -festejaban todos. Y la jirafa no pudo menos que abrazarlos con su largo cuello y darles las gracias, arrepentida por no haber sido solidaria. Desde ese mismo día se propuso ayudar a todo el que necesitara de ella.

**"Si yo escucho y ayudo a mis amigos,
ellos harán lo mismo conmigo.
¡Esa cadena solidaria
es para todos muy necesaria."**



El león, la zorra y el asno

El león, la zorra y el siempre ingenuo asno, se asociaron para ir de cacería. Cuando ya tuvieron bastante, dijo el león al asno que repartiera el botín.

El asno hizo tres partes iguales y le pidió al león que escogiera la suya. Indignado el león por esa repartición, saltó sobre el asno y lo devoró.

Entonces le pidió a la zorra que fuera ella quien repartiera el botín. La zorra hizo un montón de casi todo, y dejó en el otro grupo sólo unos residuos. Llamó al león para que escogiera de nuevo: Al ver aquello, el león le preguntó que quién le había enseñado a repartir tan bien:
- ¡Pues el asno, señor, el asno!



Aprendizaje
~ Aprendamos del error ajeno. ~



Los gallos y la perdiz

Una vez, un hombre tenía dos gallos, compró una perdiz doméstica y la llevó al corral junto con estos gallos que se alimentara.

Días más tarde, la perdiz vio cómo los gallos se peleaban entre ellos mismo y cada vez que se separaban, lo hacían porque estaban muy heridos.

Sin embargo, éstos la atacaban y la perseguían mucho sin dejarla en paz. La perdiz creyó que lo hacían por ser de otra especie, y así, se sentía humillada.

La perdiz se dijo a sí misma: "Ya no puedo quejarme de que los gallos me maltraten porque he visto que ni aun entre ellos mismos viven en paz."



Respeto Si alguna vez, llegas a una comunidad donde los vecinos no viven en paz, ten por seguro que a ti tampoco te dejarán vivir en paz. ~





~ El águila y las aves ~

En cierta ocasión, el águila, que era la reina de las aves, ofreció un gran quete a todos los animales de pluma. El ón, que era su mayordomo, le preguntó cuál de los comensales prefería sentar a su derecha.

la paloma!, contestó decidida el águila. Entonces el papagayo y el pavo real,

disgustados con aquella preferencia preguntaron: - ¿Y eso por qué? ¡Nosotros somos más bellos y más importantes!

- Porque yo -respondió el águila, sin inmutarse- estimo más la modestia que la belleza. Vosotros sois hermosos y elegantes pero no sois tan modestos como la carolita palomita.

Modestia ~ El que es modesto triunfará y el orgulloso se humillará. ~

LA ZORRA Y LAS UVAS

(Esopo)

Paseaba una zorra terriblemente hambrienta por el campo, y al llegar a una huerta, vio un hermoso parral que trepaba por sus sostenes junto a la casa.

Los jugosos racimos colgaban en lo alto. Verlos y hacérsele agua la boca fue todo uno. Se acercó nuestra zorra y dio un salto para alcanzar las uvas. No lo consiguió y volvió a intentarlo. Así una vez, y otra, y otra.

Todo en vano: los sabrosos racimos estaban fuera de su alcance.

Cansada ya la zorra de sus esfuerzos, y comprendiendo que no le sería posible morder ni una uva, miró desdeñosamente a la parra y dijo:

—En verdad, no comería esas uvas por nada del mundo. ¡Están muy verdes!

Muchos incapaces, cuando no pueden obtener lo que desean, fingen no tener interés en poseerlo.

